

DON CEFERINO Y AQUEL NIÑO DEL BIERZO

Cualquier lector de esta página (en la que con tanto gusto empiezo a colaborar) habrá tenido la experiencia de recordar en figura de ancianos, o de muy mayores, a los personajes fundamentales de su niñez. ¡Qué señor tan mayor era mi padre cuando llevaba el palio del Corpus! Cuarenta años tendría, por lo menos. Mi mujer, a la que tengo por lozana y pimpante, no andará lejos de la edad que contaba su madre, o sea mi suegra, cuando en Botines me enfocó sus impertinentes para calibrar lo que podría dar de sí aquel poetilla que pretendía a su niña. Y mi profesor Santín, y el poeta don Antonio Carvajal, tan patriarcas y a lo mejor andaban por la cincuentena...

Un señor grave y maduro que como tal me ha acompañado en la memoria durante cincuenta años, es aquel cura que un día de mi niñez estuvo a punto de llevarme al seminario. Era muy alto, se llamaba don Ceferino, y había nacido en San Pedro de Trones, donde el que no va para el negocio de la pizarra es porque Dios lo llama al sacerdocio (incluso a la mitra). Ya he contado que las mozas garridas de Corullón, y de otros pagos bercianos, malograron el proyecto, pero yo le guardo afecto y respeto al reclutador. Supe vagamente que estaba en Astorga, y luego, en Plasencia, con elevada dignidad eclesiástica.

Hago un punto y aparte que me coloca, de un salto, en 1987. En la plaza Mayor de Plasencia había flores primerizas y juventud. Callejas y palacios, pero también los signos del avance inexorable del tiempo. Me vi de refilón en un escaparate, y me admiré de la vocación de mi barba hacia la blancura. Pasó un curita joven, "un cura de Plasencia" -pensé-, y tuve un recuerdo para don Ceferino García, perdido en la bruma del tiempo. ¿Vivirá, acaso, en una de esas largas y asiladas longevidades? ¿Lo recordarían en la ciudad donde, al parecer, pasara su vida sacerdotal?

Me paré frente a un puesto de caramelos y cosas:

-Señora- porque me tuvo cara de paisana simpática, se dan mucho en la comarca del Jerte-: a lo mejor recuerda usted o sabe algo de un señor, cura, un canónigo o así, se llamaba don Ceferino García Vidal...

La mujer sacó medio cuerpo por fuera del tenderete, para verme mejor:

-Tire usted por ahí, a la derecha. Él vive como un ermitaño, pero a estas horas seguro que estará en la catedral.

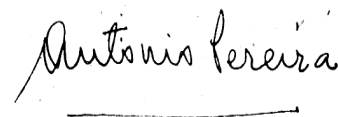
Pensé si sería un sobrino. Don Ceferino tenía hermanos curas, hermanas monjas. El obispo de Ávila, ciertamente, es sobrino de aquel don Ceferino. ¡Pero era don

Ceferino! Yo lo reconocí, al cabo de medio siglo, igual de alto y enjuto, destacando su cabeza por encima de un grupo de fieles. El Deán de la catedral de Plasencia recordaba mi nombre y nuestro lejano encuentro, la ferretería familiar donde yo urdía mis primeros versos, y me dio un abrazo de hombre joven y saludable.

-Era el año 1935 -me dijo- y yo estaba recién ordenado, o quizá a punto de ordenarme. Tú venías sobre once o doce años y no es extraño que me vieras como a un venerable.

Contado en años, poco es lo que separaba, lo que separa nuestras edades. Ahora sentía una vergüenza secreta por haberme imaginado la ancianidad de don Ceferino... o "lo otro". Me dijo que se marchaba a Roma a la beatificación de Mosén Sol. Me contó que pasa el día en sus asuntos eclesiales, pero que luego se marcha a su celda en el Santuario del Puerto (por eso lo de "el ermitaño"). Y tocante a mí, que sentía no haberme convencido entonces, porque yo no era tonto y acaso hubiera llegado a Obispo de Plasencia, con lo que ahora trabajaríamos juntos.

Luego, en fin, nos despedimos en el atrio. Don Ceferino cogió el volante de su Seat 132 de color gris perla y salió pitando para el cenobio.

A handwritten signature in cursive script that reads "Antonio Pereira". The signature is written in black ink and is positioned above a short horizontal line.